



## La estancia en Tenerife de André-Pierre Ledru

José L. Montesinos

**A**ndré-Pierre Ledru nació en Chantenay, Francia, en 1761. Después de realizar brillantes estudios se ordenó sacerdote en 1784. Apasionado por la botánica, pronto comenzó a construir sus herbarios y a colaborar con el *Jardin du Roi* de París. En 1789 Ledru se unió a los ideales de la Revolución Francesa y se convirtió en un cura constitucional que predicaba las nuevas ideas. En 1793 dejó los hábitos, obligado por la política antirreligiosa de Robespierre y volcó todas sus energías en los herbarios y en el nuevo Museo Nacional de Historia Natural. Aceptó participar en la expedición del capitán Baudin a la isla de Trinidad, que partiría del puerto de Le Havre el 30 de septiembre de 1796.

Cuando la goleta *La Belle Angélique* al mando del capitán Baudin, de camino a las Antillas, sufre desperfectos graves como consecuencia de un temporal, debe permanecer más de cuatro meses en reparación en Tenerife. La estancia en la isla es aprovechada por los naturalistas de a bordo para hacer el primer informe extenso, de carácter generalista, sobre Canarias.

Es muy ilustrativo analizar el texto de doce páginas que conforman las "Instrucciones" que Antoine Laurent de Jussieu (1748-1836), director del Museo Nacional de Historia Natural de París, redacta para la expedición de Baudin, la cual tenía como principal objetivo recuperar una serie de materiales de interés para las ciencias naturales que el propio capitán había tenido que dejar, en un anterior viaje, en la isla de Trinidad.

El ciudadano Jussieu, de una familia de botánicos ilustrados, detalla con gran precisión las tareas y obligaciones de cada uno de los científicos de la expedición, además de dar una serie de consignas o consejos de naturaleza política. Jussieu se extiende con profusión de detalles en las



instrucciones de los trabajos científicos que se debían realizar, siguiendo la clasificación linneana de los seres y objetos naturales que conforman los tres reinos de la naturaleza (*Lithologica, Botanica, Zoologica*). Da prioridad al reino vegetal y detalla la formación y clasificación de los herbarios, con especial interés en aquellas plantas que puedan ser útiles para la agricultura. El botánico Ledru y el jardinero Riedlé deberán responsabilizarse del mantenimiento de las colecciones en el largo viaje de vuelta y del cuidado de las plantas vivas hasta su llegada a las mismísimas puertas del Museo.

El libro que sobre el viaje escribió André-Pierre Ledru consta de 212 páginas y constituye un buen ejemplo de la literatura de viajes en ese periodo. Se trata del *Voyage aux Îles de Tenerife, La Trinité, Saint Thomas, Sainte Croix et Porto-Rico*, que verá la luz en 1796, y en el que su autor proporciona una panorámica general de la isla de Tenerife, describiendo sus ciudades y haciendo observaciones sobre el clima, el suelo, la población de las Islas y el carácter, costumbres y comercio de sus habitantes. Viaja con el marqués de Villanueva del Prado hasta La Orotava, desde donde hará la tradicional ascensión al Pico del Teide. Al igual que el viajero Humboldt, tres años después, queda muy impresionado por la visión del entonces paradisiaco valle de La Orotava.

La prosa de Ledru es bella y da como resultado un ameno libro de viajes, del que trataremos de hacer un resumen en lo que sigue. Comenzaremos por un extracto de la carta que Ledru escribe a su madre desde el puerto de Le Havre, días antes de su partida, el 28 de septiembre de 1796:

[...] En el momento en que usted lea esta carta estaré siendo llevado por los vientos y las olas hacia el nuevo mundo, para poder cumplir allí la misión que el Gobierno me ha encargado. [...] No se me ocultan en absoluto las fatigas, e incluso los peligros, inseparables de una larga navegación. [...] Si escapo a las tempestades, seré quizás víctima del ardiente clima bajo el que debo vivir varios meses; no obstante, mi ánimo no se ve quebrantado por ello; sé que un ciudadano debe sacrificar su reposo, su salud, su vida misma, cuando trabaja en pro de la utilidad pública y del progreso de los conocimientos humanos.



Al igual que en los épicos viajes de descubrimiento de portugueses y españoles en los siglos XV y XVI, en los que los riesgos asumidos eran aun mayores, las motivaciones individuales de muchos de los esforzados viajeros eran idealistas y al servicio de una causa que trascendía los intereses personales. Si bien en los siglos XVIII y XIX, la ciencia y el progreso en la Tierra han sustituido a la religión y a la salvación en los cielos.

Pocos días después de ser escrita esa carta comienza la aventura y *La Belle Angélique* leva anclas el 30 de septiembre:



André-Pierre Ledru .

[...] La rapidez de nuestra marcha (14 de octubre) y la serenidad de la atmósfera me permitió admirar un espectáculo sublime que no se puede observar bien sino en plena mar: la oscilación aparente de los cielos, ocasionada por el cabeceo, es decir, por el movimiento de la nave de popa a proa. Mientras olas enormes levantan la proa sobre su dorso elevándola con ellas, una parte del cielo parece precipitarse sobre el abismo [...]. La noche, y sobre todo los astros, la Luna y las nubes, parecen describir alrededor del navío una elipse inclinada; todo el cielo aparenta estar en movimiento. En ese momento es cuando los hombres sensibles a las bellezas de la Naturaleza elevan su alma a la Divinidad.

Efectivamente, en el mar, y en aquellos tiempos, se pensaba mucho en la divinidad, y así sucedió que el 18 de octubre, cuando el barco estaba entre las Islas Azores y la isla de Madeira, se desató una terrible tempestad que estuvo a punto de hacer naufragar a *La Belle Angélique*:



Estuve en cubierta desde el comienzo de la tempestad y permanecí allí durante sesenta horas junto al capitán Baudin, con el cuerpo amarrado a uno de los obenques, para resistir los movimientos violentos, y con la cabeza ceñida de una triple venda, para evitar los golpes provenientes de la caída de los motones o de las jarcias. En esta situación observé el espectáculo de los hombres en lucha contra los elementos. Una maniobra mal ejecutada, una nueva vía de agua en la cala o el más ligero incidente podía ser señal de nuestra perdición [...]. Varios de mis compañeros acurrucados en las hamacas sufrían agitaciones mas violentas que las mías. Si debíamos perecer nuestra suerte era común. Pero si el cielo se dignaba llevarnos a buen puerto, jamás me hubiese perdonado no haberme atrevido a ver ese horrible espectáculo.



Tempestad en el mar.

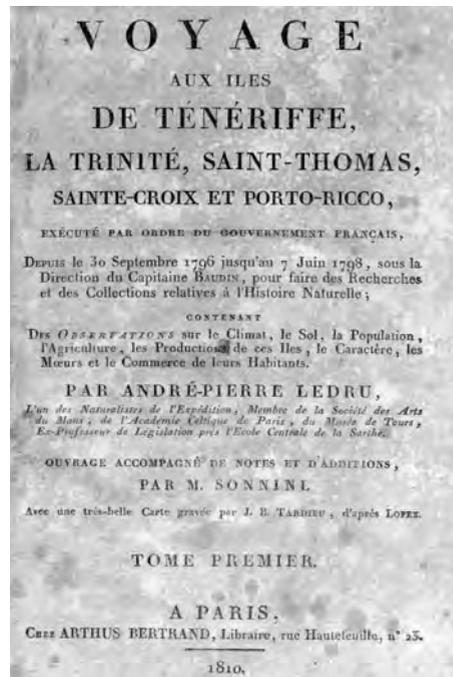
*La Belle Angélique*, sin mástiles, sin las grandes velas, sin timón, era incapaz de llegar a América y el capitán decidió virar al sudeste hacia las Islas Canarias. El 25 de octubre divisan la isla de La Palma:

La niebla que coronaba esta isla, y que la aurora coloreaba del encarnado más bello, desaparecía poco a poco con los primeros rayos del sol [...]. Eran las cinco y media de la mañana [...] y aunque La Palma no fuese nuestra meta la vecindad de esta isla y la esperanza de hacer escala en Tenerife nos hicieron derramar lágrimas de alegría.



Todavía tendrán que luchar contra corrientes y vientos desfavorables y no echarán el ancla en el puerto de Santa Cruz de Tenerife hasta la mañana del 6 de noviembre: “En la rada de Santa Cruz conté once navíos mercantes, a saber, cuatro americanos, tres españoles, uno danés y tres ingleses. Estos últimos habían sido confiscados por orden de la Corte de Madrid a partir de la declaración de guerra”.

Los naturalistas de a bordo se instalan en una casa de Santa Cruz y, siguiendo las instrucciones del capitán Baudin, se disponen a visitar y estudiar la abrupta naturaleza de la isla. Ledru, de carácter afable y bondadoso, pronto hace amistad con los notables de la isla, que en general sentían una gran admiración por la cultura francesa. En Santa Cruz conoce a los comerciantes Casalon y Cambreleng. Viaja a La Laguna y se instala en el palacio del marqués de Villanueva del Prado, Tomás de Nava y Grimón, noble ilustrado y miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Visita la ciudad de los Adelantados y queda muy impresionado con los fastos eclesiásticos que presencia en la iglesia de la Concepción el día 8 de diciembre. Plata, raso rojo, cirios y sesenta curas concelebrando le hacen exclamar que no había visto nunca nada comparable en los templos franceses. Ledru aprecia la buena mesa del marqués y su excelente biblioteca. Recorre los barrancos y montañas de la zona para herborizar. Su lugar preferido es la Mesa Mota, desde donde divisa los campos de Tacoronte y el Pico del Teide “elevando su cabeza hasta las nubes”.



Portada del libro de Ledru.



Visita Tegueste y Tejina, Candelaria y Güímar, y en la mañana del 12 de febrero de 1797 parte a caballo con el marqués y otros amigos hacia La Orotava. Hacen un alto en un bosquecillo situado en Agua García y rodeado de laureles y de brezos dan cuenta de suculentos manjares que los sirvientes disponen sobre hojas de helecho. Continúan el viaje y ya avanzada la noche llegan a La Orotava. En su cuaderno de viaje anota:

Entre el puerto de La Orotava y la ciudad del mismo nombre, el marqués de Villanueva posee una casa preciosa llamada "El Durazno". Allí es donde nos alojamos. A la mañana siguiente, a la salida del sol, recorrí sus alrededores y no pude dejar de admirar la belleza del paisaje. ¡Qué cielo! ¡Qué clima! Un calor templado vivificaba el campo; aquí se veían viñedos bien cultivados que atestiguaban la riqueza y la industria de sus habitantes; allá los jardines llenos de jazmines, rosales, granados, almendros en flor, limoneros y naranjos en flor y con frutas, esparcían en la atmósfera un perfume delicioso.

Y es que Ledru vivía con placer las delicias de un clima dulcemente templado por la latitud, el mar y los vientos alisios, que genera una rica vegetación autóctona al tiempo que permite el desarrollo de los cultivos mediterráneos:

La naturaleza ha hecho todo para ellos; no existe en el mundo mejor clima ni temperatura más suave. Todas las casas, construidas en anfiteatro sobre un terreno inclinado, gozan de una perspectiva encantadora y dominan un llano fértil cubierto de viñedos, verduras y jardines.

El agua, vivificante y necesaria, que reposa en el seno de las altas cumbres que rodean el valle, se hace descender con pericia por las atarjeas para dar vida a lavaderos, molinos, serrerías y cultivos:

Un agua pura que desciende de las montañas conducidas por un canal de piedra, riega las principales calles de la Orotava. Esta agua mueve varios molinos en la misma Villa y se dirige a continuación en un acueducto de madera hasta el Jardín Botánico establecido en El Durazno al que aporta los riegos necesarios. Conozco bellos parajes en Francia y en las costas meridionales de Inglaterra; he recorrido las orillas del Rin, Bélgica y Holanda; he vivido durante un año en el suelo fecundo de las Antillas, pero si tuviera que aban-



Vista del Jardín Botánico del Puerto de la Orotava (A. Diston).

donar los lugares que me vieron nacer y buscar otra patria, sería en las Islas Afortunadas, sería en la Orotava adonde iría a terminar el curso de mi vida.

Aquí visita el Jardín Botánico en compañía del director del mismo, el botánico Le Gros, jardín de aclimatación de plantas, construido y mantenido gracias a la generosidad de su anfitrión el marqués de Villanueva del Prado:

El Jardín Real del Botánico, construido hace diez años en El Durazno, es el establecimiento más útil de la isla. Ocupa un espacio de seis hectáreas. [...] A propuesta de este señor he redactado el catálogo de las plantas que se cultivan allí y trazado sobre el terreno, de común acuerdo con M. Le Gros, el plano de 24 clases del sistema sexual de Linneo. Cuando las plantaciones hechas recientemente hayan adquirido un crecimiento notable, El Durazno podrá suministrar a las regiones templadas de Europa los vegetales preciosos que la Naturaleza parece haber concedido exclusivamente a los climas afortunados de los trópicos.

El cocotero, el palmito, el aguacate y el papayo ya crecen en plena tierra. Además de estos árboles se cultivan otras cien especies de plantas y arbustos...



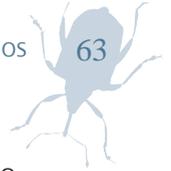
Toma buena nota de todas las variedades que ahí se encuentran y aprovecha para hacer, siempre en su cuaderno de viaje, una encendida defensa de la Agricultura: “la fuerza interior de los Estados”. Recorre, incansable, las cumbres de La Matanza y de Santa Úrsula y tiene tiempo también para participar en la celebración de los carnavales en el entonces Puerto de La Orotava; allí conoce a los señores Little y Cólogán, ilustrados residentes que le informan de la dura realidad social que en aquellos tiempos existía en Canarias.

En una mañana de febrero Ledru decide hacer con Le Gros la tradicional y obligada ascensión del Pico del Teide, para lo que de buena mañana emprenden el camino hacia las cumbres, hacia el Monte Verde. A las tres de la tarde sólo habían conseguido escalar los dos tercios de la montaña y deciden regresar al más cálido y seguro refugio de El Durazno.

Prosigue con su labor de estudiar y explorar la naturaleza del resto de la isla y visita Los Realejos, Garachico y Buenavista, Taganana, Adeje y Vilaflor, de todo lo cual da cuenta en su informe. Finalmente, en su libreta de apuntes, convertida posteriormente en su relato de viaje, Ledru dedica un capítulo a la mineralogía, en el que describe las sustancias minerales que ha recogido en las montañas, barrancos y costas de la isla. Antes de continuar el viaje para Trinidad, le deja al señor Cambreleng dos cajas llenas de minerales –que éste envía posteriormente a París– y que hoy se conservan en el Museo de Historia Natural. Dedicar también un capítulo a la zoología, en el que da cuenta de los mamíferos, reptiles, pájaros, moluscos, crustáceos, arácnidos e insectos.

Unas sesenta especies de avifauna migratoria y sedentaria insular aparecen citadas por Ledru en su relato del viaje, si bien fue Mauger, el zoólogo de la expedición, quien las recopilaría, mandando algunas de ellas, convenientemente preparadas, al Museo de Historia Natural de París. Fue este el primer inventario publicado en una obra científica sobre avifauna de las Islas.

Años después de su regreso a Francia, Ledru se instaló en la ciudad de Le Mans, donde daría clases de física e historia natural en su propio domicilio. Su casa contaba con una gran biblioteca, un jardín botánico y un herbario de alrededor de 6.000 especies, que acabaría legando a la ciudad. Este herbario se encuentra hoy en día en posesión del Musée Vert de dicha



ciudad francesa y contiene 61 pliegos con plantas de la flora canaria recogidas durante su viaje de 1796, que han sido digitalizados por el Proyecto Humboldt y en cuyo portal web se pueden contemplar.

Así pues, el ciudadano Ledru, naturalista ilustrado, esforzado viajero y excelente persona, nos dejó un vibrante libro de viajes, un valioso documento que ofrece una perspectiva de la isla de Tenerife a finales del siglo XVIII y que sirve al antropólogo y al geógrafo, al historiador y al naturalista.

## Selección bibliográfica

HERRERA PIQUÉ, Alfredo (1987). *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico.*

*Viajeros y naturalistas en el siglo XVIII.* Madrid: Editorial Rueda.

LEDRU, André-Pierre (1796). *Voyage aux Îles de Tenerife, La Trinité, Saint Thomas, Sainte Croix et Porto-Rico. Ouvrage accompagné de notes et d'additions par M. Sonnini.* París: Arthus Bertrand.

LEDRU, André-Pierre (2005). *Viaje a la Isla de Tenerife (1796).* Traducción de José A. Delgado. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

MONTESINOS, José y Jürgen RENN (2003). "Expediciones científicas a las Islas Canarias en el periodo romántico (1770-1830)". José Montesinos, Javier Ordóñez y Sergio Toledo (eds.), *Ciencia y Romanticismo*, La Orotava: Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 329-353.

MOREL, Nicolas (2007). "Itinéraire scientifique du botaniste André-Pierre Ledru". Alberto Relancio y Mila Ruiz (coord.), *Canarias, territorio de exploraciones científicas.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 125-142.